



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE PÍO XII
A LAS DELEGACIONES DE LAS UNIVERSIDADES
DE MADRID Y DEUSTO Y DEL COLEGIO ALBORNOZ DE BOLONIA***

Martes 19 de marzo de 1956

El hecho de que, entre los agobios —en realidad ni ordinarios, ni ligeros— de las conmemoraciones y audiencias de estos días, hayamos querido de todas las maneras encontrar estos pocos minutos para pasarlos con vosotros, hijos amadísimos, os dirá, mejor que todas las ponderaciones, el interés que teníamos en recibirlos, para acoger vuestro saludo, tener la ocasión de dirigirlos unas breves palabras y no dejar pasar la oportunidad de otorgarles Nuestra paternal Bendición.

Sois la juventud, promesa cierta de un mañana mejor en un mundo lleno de tinieblas y de incertidumbres, que Nuestra mirada desearía escudriñar para penetrar sus necesidades y prepararlo lo mejor posible; juventud universitaria, es decir, selección de lo que ordinariamente ha de ser en ese porvenir misterioso la clase dirigente, encargada de dar no solamente el tono, sino también la dirección y el movimiento; juventud universitaria española, futuros dirigentes de una nación, de Nos amadísima, por su constante tradición de adhesión a la fe y a esta Cátedra de Pedro, de un pueblo en cuyas inagotables reservas, sobre todo espirituales, esperamos siempre mucho, en particular cuando pensamos en aquella otra parte del mundo, que habla vuestra lengua.

Pero hay todavía más, porque se Nos informa que la mayoría de vosotros habéis dedicado vuestros años mozos al estudio del Derecho —algunos de vuestros ilustres maestros está también aquí presente—, y precisamente hacéis este viaje como final de vuestros estudios, antes de comenzar vuestra actividad específicamente profesional. Que el Señor os bendiga, hijos amadísimos, en todos vuestros propósitos, pero tened siempre en cuenta que emprendéis un camino que requiere una verdadera vocación; un camino por el que jamás se ha de entrar sin poseer aquella «*ars boni et aequi*», ciencia de lo bueno y de lo justo, de que habla el Digesto (lib.

I, tit. I, ley I^a); un camino en el que habéis de ir despacio para adquirir aquella necesaria experiencia que os enseñe a adaptar a la vida contingente los principios abstractos contenidos en los textos legales o en los tratados científicos que habéis estudiado; un camino que requiere aplicación y diligencia constantes pues os impondrá deberes, que obligan igualmente en conciencia y de los que habréis de dar cuenta un día ante el tribunal de Dios; un camino que exigirá en vosotros integridad y rectitud de espíritu para no hacer de vuestra profesión un mero instrumento de medro fácil, sino una especie de sacerdocio (*l. c.*), en favor de lo bueno y de lo justo, aunque a veces fuese más factible y productivo desviarse por los senderos de la mentira y de la corrupción; un camino, en fin, donde nunca podréis prescindir de aquella norma universal de la actividad humana, que es la normal moral, de cuyos cauces jamás os será lícito salir.

Y si queréis una recomendación de carácter general, que lo comprenda todo, os diríamos que por encima y más allá de todo estudio y especialización, procuréis cultivar y formar vuestros espíritus en aquella Verdad suma, donde toda ley y todo derecho tienen su único principio. Porque, efectivamente, como dice el gran Doctor y Obispo de Hipona: «*Ubinam sunt istae regulae scriptae, ubi quid iustum et iniustus agnoscit...? Ubi ergo scriptae sunt, nisi in libro lucis illius, quae veritas dicitur*»? «¿dónde, pues, están escritas estas reglas en las que hasta el inicuo descubre lo que es justo...; dónde sino en el libro de aquella luz, que se llama Verdad»? (S. Aug. *De Trinitate*, lib. XIV, cap. XV; Migne PL, t. 42 col. 1052). Desde esta altura de la vida a la cual, a pesar de Nuestra indignidad, la bondad suma del Señor Nos ha querido hacer llegar, y, como caminante que, volviendo los ojos al alcanzar la cima, domina todo el camino andado y todo lo ve claro; así a Nos, Nos parece ver con más evidencia cada día que hay una sola verdad hacia la cual se ha de aspirar, hay una sola estrella polar que da la dirección buena a todos los senderos, y es aquel «*Rex et centrum omnium cordium*». Aquel que pudo decir de sí «*Ego sum via et veritas et vita*» (Jn 14, 6), como queriendo exhortar a todos: «Yo soy el camino único para los que quieran perderse y despeñarse; yo soy la única verdad para los que no quieran errar y equivocarse; yo soy la vida única para los que no deseen languidecer y morir»

Venís de la Universidad de Madrid, que por su mismo nombre de Central expresa bien su importancia y la atención que conviene dedicarle; venís de Nuestra amadísima Universidad de Deusto, a la que más de una vez hemos manifestado Nuestra predilección y lo que de ella esperamos; venís, finalmente, del «Colegio Albornoz» de Bolonia y, estando más cerca de Nos y llevando el nombre de tan eminente Príncipe de la Iglesia, no podemos dejar de notarlo en favor vuestro.

Llevaos, pues, todos, para vosotros y para todos vuestros compañeros de estudios hoy y de profesión mañana, Nuestro afecto y Nuestra Bendición. Llevad un mensaje de aplicación al estudio, de serenidad y de calma, de confianza en el futuro, de bondad y de tranquilidad; un mensaje sobre todo de bendición para vosotros y vuestras familias, para vuestros ideales y proyectos profesionales, para vuestros compañeros y amigos, para vuestras ciudades y regiones, para vuestra patria toda y, especialmente, para la juventud estudiosa española, que el Papa sigue

siempre con el mismo amor e interés.

* *Discorsi e Radiomessaggi*, vol. XVIII, págs 29-31.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana